

## EL TERCER CONGRESO DEL MIR: GIRO GENERACIONAL, RE-ESTRUCTURACIÓN ORGÁNICA Y CAMBIOS EN LA MILITANCIA, 1967-1969

Matías Ortíz Figueroa\*

### RESUMEN

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno (MIR) nacido en el año 1965, producto final de una agrupación de distintas fuerzas revolucionarias chilenas, desarrolló tres Congresos Nacionales en su larga vida política. De ese modo, el Tercer Congreso del MIR (1967) originó un cambio generacional dentro del buró político de la organización, generando que los viejos revolucionarios que comandaban la organización desde la fundación salieran de los puestos del Secretariado Nacional y del Comité Central, incorporándose a ellos una generación “joven” que prontamente realizó cambios en la estructura partidaria. Así, jóvenes como Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen, Luciano Cruz o Andrés Pascal Allende tutelarán la organización desde el año 1967 palpándose rápidamente cambios en la orgánica inicial y permeando los discursos y la propia militancia mirista. Dar cuenta de este proceso de cambio y re-estructuración es el objetivo de esta presentación.

### PALABRAS CLAVE

Identidad política, Tercer Congreso; generación joven; re-estructuración orgánica; compromiso revolucionario.

Recibido: 14 de enero de 2013.

### ABSTRACT

The Revolutionary Left Movement (MIR) born in 1965 and the end product of an alliance of several Chilean revolutionary forces, experienced three national congresses in his long political life. Thus, the Third Congress of the MIR (1967) led to a generational change within the organization's political bureau, creating the old revolutionaries who commanded the organization from the foundation came out of seats in the National Secretariat of the Central Committee and entering them a “young” generation, who promptly made changes in the party structure. So, young Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen, Luciano Cruz and Andres Pascal Allende will maintain the organization since 1967 quickly patting organic changes in initial and permeate discourses and MIR own membership. To account for this process of change and restructuring is the purpose of this presentation.

### KEYWORDS

Third Congress; Political identity, younger generation; organizational restructuring; revolutionary commitment.

Aprobado: 15 de noviembre de 2013.

---

\* Licenciado en Historia, Universidad Andrés Bello. Licenciado en Educación y Profesor de Historia y Geografía, Universidad de Chile. E-mail: mati.ortiz.f@gmail.com

“En esas etapas ya apareció el nuevo tipo de militante, el que está completamente entregado a sus tareas; profesionalizado o no, imbuido de un alto espíritu de sacrificio; ése es el modelo que exigiremos de todos; el resto en verdad se ha equivocado de organización”.

Movimiento de Izquierda Revolucionaria, *Documento Interno*, Junio, 1969<sup>1</sup>.

## I. PRESENTACIÓN

El estudio del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) se ha convertido en un fértil campo de estudio para la Historia Política chilena. De esa forma, destacan diversos estudios que analizan el desarrollo de la organización en distintos momentos históricos pero desde una óptica tradicional —en cuanto a los estudios sobre organizaciones políticas existentes— es decir, levantando una historia de la

agrupación y de su relación con otros movimientos políticos en distintos periodos agudos de nuestra historia reciente, como la Dictadura Militar, el exilio y la clandestinidad<sup>2</sup>. El estudio que acá se propone prefiere abordar a esta organización desde una perspectiva distinta, revisitando su historia temprana, y aportando a la comprensión de la identidad política<sup>3</sup>. Para ello, se propone investigar la formación de la militancia política y los matices que existen en su composición, ciéndonos, en ese sentido, a la revitalización de los estudios sobre Historia Política<sup>4</sup>.

La aparición del MIR se inscribe dentro del nacimiento de la Nueva Izquierda Latinoamericana<sup>5</sup>, la cual estuvo profundamente influenciada por nuevas revoluciones como las luchas del Tercer Mundo<sup>6</sup>. Sin embargo, el MIR también

1 “MIR Secretariado Nacional, Sólo una revolución entre nosotros, podrá llevarnos a una revolución en Chile”. *Documento Interno*. Junio de 1969, 1.

2 Para no saturar el texto, expondremos algunos de los principales autores que han trabajado en esta línea, entre quienes destacan Julio Pinto, Sebastián Leiva, Carlos Sandoval, Luis Vitale, Mario Amorós, Martín Hernández, Pedro Naranjo, Igor Goicovic, Robinson Silva Hidalgo, Andrés Vera. Ver las publicaciones de Editorial Escaparate.

3 La identidad política es un proceso complejo, por el cual “el actor social individual y colectivo orienta sus conductas, organiza sus proyectos, construye su historia, [...] en relaciones constantes con otros actores sociales, sin los cuales él no puede definirse ni reconocerse”, es decir, en otras palabras, entenderemos que la construcción de la identidad política va a ser el proceso de la edificación de un “nosotros” dentro de una determinada comunidad de sujetos, en donde se van conjugando diversos elementos que constituyen el ethos de una determinada comunidad, una organización, una agrupación de personas, en constante diálogo con elementos simbólicos, ideológicos, actitudinales, que encarnan proyectos políticos, en el nuestro caso. La cita es extraída de: Cristina Moyano, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1989* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado 2010), 516.

4 Tal y como se sostiene en la introducción al libro *Redes políticas y militancias*, la Historia Política viene sosteniendo una revitalización, desde la década de los noventa principalmente, en la cual se comienzan a analizar nuevos problemas relacionados con la política, introduciendo al análisis ópticas de la historia cultural y de las mentalidades, por ejemplo, y permitiendo el levantamiento de nuevos problemas, como el estudio de las subculturas militantes, las identidades, el significado de la acción política, etc. Para un análisis más detallado, ver: Olga Ulianova (edit.), *Redes políticas y militancia. La historia política está de vuelta* (Santiago: Ariadna-IDEA, 2012), 9.

5 Se entiende por Nueva Izquierda a la corriente política que nació al alero de la Revolución Cubana y se consolidó posterior a ella. Se puede definir como aquel grupo de políticos, partidos y organizaciones en donde se conjugaron ideas y matices que se contraponen a una Vieja Izquierda. Entendida esta última como una izquierda tradicional, fuertemente influenciada por la vía pacífica hacia el socialismo. En ese sentido, se erige como respuesta a los planteamientos hegemónicos conducidos por una izquierda principalmente comunista y pro-soviética, rescatando los principios básicos del marxismo como lo son la opción por la lucha armada como mecanismo articulador del proyecto político. Para un análisis más detallado revisar, por ejemplo: José Rodríguez Elizondo, *Crisis y renovación de las izquierdas. De la revolución Cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno”* Santiago: Edit. Andrés Bello, 1995); Romeo Rey, *Bajo el signo del Che. Teoría y práctica de la izquierda en América Latina* (Buenos Aires: Edit. Biblos, 2010), o investigaciones de la historiadora Eugenia Palieraki.

6 La Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam principalmente, las guerras de liberación nacional en África, etc.

estuvo compuesto por viejas experiencias de lucha política chilena<sup>7</sup>, fundando una *nueva tradición* enmarcada en el rescate de *antiguas tradiciones revolucionarias*<sup>8</sup>. De ese modo, sostenemos que en el MIR convergen dos generaciones políticas que conviven y dialogan, formando un nuevo referente político en el país desde la unión de la *experiencia política* con una *nueva cepa* de individuos que permearán a la organización con nuevos matices. Por un lado una *antigua generación*, en donde destacarán viejos luchadores como Clotario Blest o Humberto Valenzuela y que aportaron, claramente, el andamiaje teórico-político a la organización, con un cierto apoyo de la *joven generación*. En esta última, destacan sujetos como Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen, Marcello Ferrada-Noli o Luciano Cruz, los que se incorporaron a la estructura orgánica en su fundación y alcanzaron, hacia el año 1967, puestos en el Secretariado Nacional y el Comité Central.

Es en este contexto de fundación y creación de la organización, que entre los años 1965 y 1966 se realizaron dos Congresos, instancias deliberativas en las que se exponían los avances anuales, se programaban los quehaceres para el año siguiente y se escogían las nuevas direcciones de la agrupación. En el primero de ellos (el llamado “Congreso Constituyente”) se armaron los lineamientos de la organización como la “Declaración de Principios”, el “Programa del MIR” y una “Tesis-Político Militar”, escogiéndose, finalmente, los miembros para formar los puestos del Secretariado Nacional y del Comité Central. La mayoría de sus integrantes fueron parte de la “vieja generación”<sup>9</sup>. Por su parte, el Segundo Congreso (1966), no provocó grandes cambios a nivel orgánico, repotenciando la cúpula orgánica con elementos de la “generación antigua” e incorporándose a ella algunos jóvenes. De ese modo continuaron en los lugares del Secretariado Nacional personajes como Enrique Se-

7 En efecto el MIR es fruto del agrupamiento de diversas organizaciones revolucionarias, como el Partido Obrero Revolucionario (POR), la Vanguardia Nacional Marxista (VNM), Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM) o el Partido Socialista Popular (PSP), evidenciándose una continuidad en los lineamientos de las mencionadas organizaciones con la naciente organización. El miembro del Comité Central, Luis Vitale, expone este punto críticamente cuando menciona que el andamiaje teórico-político del MIR responde a los planteamientos edificados por los trotskistas-miristas, exmilitantes del POR, VRM, etc.: “Qué programa tiene el MIR, hay que leerlo. Un programa de la IV Internacional. Está redactado por nosotros de puño y letra. ¿Cuál es el programa?, el Programa de Transición. ¿Qué carácter tiene la revolución? Permanente. ¿Cómo será la revolución?, la revolución será socialista, combinación de tareas democrático burguesa con las tareas socialistas. Ahí está el programa, aprobado, íntegro, sin ninguna modificación”. Extraído de entrevista a Luis Vitale, en: Nicolás Miranda, *Contribución para una historia del trotskismo chileno. 1929-1964* (Santiago: Ediciones Clase contra Clase. 2000), 147.

8 Eric Hobsbawm y Terence Ranger, al referirse a la invención de una nueva tradición, dirán: “La ‘tradición inventada’ implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado [...] En resumen, hay respuestas a nuevas situaciones que toman la forma de referencia a viejas situaciones o que imponen su propio pasado por medio de una repetición casi obligatoria.” En: Eric Hobsbawm, y Terence Ranger, *La invención de la tradición* (Barcelona: Edit. Crítica, 1983), 8-9.

9 El primer Secretariado del MIR estuvo compuesto por Enrique Sepulveda, Gabriel Smirnow, Dantón Chelén, Oscar Waiss y Humberto Valenzuela. Estos sujetos, junto a otros como Clotario Blest, tendrían al momento de la fundación alrededor de 50 y 67 años. Por ejemplo los emblemáticos Humberto Valenzuela y Clotario Blest, dos de los individuos que más aportaron a la creación de esta organización, al momento de la fundación del MIR tenían 56 y 67 años respectivamente.

púlveda, Humberto Valenzuela y Luis Vitale, pero se filtraron a los puestos del Comité Central Bautista Van Schouwen, Miguel Enríquez y Luciano Cruz, indicio del avance que estaba sosteniendo la generación joven.

Es importante señalar acá que el andamiaje teórico-político del MIR fue creado en esos Congresos, fundamentalmente en el primero, y que éste acompañará a la organización desde su fundación hasta nuestros días<sup>10</sup>. Por ello, es preciso exponer que la “vieja generación” será la que ayude a configurar todo el aparato reflexivo. En ese sentido hemos querido llamar a aquel grupo de revolucionarios una generación que se caracterizó por el “*pensar hacer*”<sup>11</sup>, es decir que, debido a la experiencia histórica adquirida en sus luchas pasadas, estos sujetos pusieron énfasis en la configuración de una organización que se esforzó en teorizar, discutir y construir el programa de la revolución socialista chilena, para no

volver a caer en las frustraciones de no hacer “la revolución en Chile”<sup>12</sup>.

En ese sentido, si el andamiaje teórico y político fue creado en estos años fundacionales y no fueron alterados profundamente en el discurso posterior de la organización, y que estos eran, además, fruto de una revitalización de las experiencias políticas pasadas, fundamentalmente de experiencias disidentes de partidos tradicionales y sistematizaciones trotskistas, cabría preguntarse *¿cuáles son los elementos nuevos* que introduce la “generación joven” que llega a tutelar el MIR en 1967 luego del III Congreso? ¿Qué quiebres pueden verdaderamente verse entre un primer periodo, fundacional, y la tutela joven posterior? Evaluar este proceso y proponer una respuesta a la anterior pregunta es el objetivo de este trabajo. Para esos fines se trabajó con testimonios escritos de ex-militantes y documentos de la organización política.

10 Organizaciones que hoy en día se autodenominan MIR continúan con la misma declaración de principios elaboradas en 1965. Revisar, por ejemplo, declaración del MIR en el año 2008. “Porqué seguimos siendo MIR”, disponible en el Centro de Documentación de los Movimientos Armados ([www.cedema.org](http://www.cedema.org)).

11 Esta conceptualización se refiere a la edificación de todo el aparato político-teórico que la organización tendrá en su fundación y que perdurará históricamente y en donde lo reflexivo tiene una importancia fundamental. Este “pensar hacer” dice relación con la creación de la declaración de principios y de un programa político que sentará las bases cardinales de la organización, perpetuándose hasta la actualidad y defendiendo lo que fue el MIR y qué aspectos les hacían ser distintos a otras experiencias revolucionarias en ese contexto.

12 En este sentido se hace necesario hablar sobre *Revista Estrategia*, nacida en los años fundacionales del MIR. Esta revista fue el órgano de discusión y reflexión de la “antigua generación”. Los números analizados así lo describen. Además, la revista denota lo que venimos diciendo, la preocupación de una “vieja generación” por generar una discusión teórica que enriqueciera el programa de la revolución socialista, inmolando la reflexión teórica como puntapié inicial para impulsar la revolución, dando cuenta del “pensar hacer”. De ese modo, decía la Revista: “Estrategia no quiere ser una revista informativa más, sino un órgano de elaboración teórica que contribuya a enriquecer el programa de la revolución socialista chilena, para cuyo fin dará preferencia a los trabajos de investigación sobre la realidad chilena”. En: *Revista Estrategia*, núm. 1, (Santiago, 1965). Por otro lado, es preciso anotar que cuando el MIR se divide los viejos revolucionarios crearán la revista “Nueva Estrategia”, desde donde podemos inferir que la preocupación por tener un órgano teórico-pedagógico era necesaria dentro del imaginario de esta generación. Sobre el “pensar hacer” revisar: Matías Ortiz Figueroa, “Ser mirista, la construcción política del militante. 1965-1973”. Tesina de licenciatura, Universidad Andrés Bello, 2011. Disponible on line en Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente: <http://www.riehr.com.ar/archivos/Tesis/ortzmatas.pdf>.

## II. EL TERCER CONGRESO DEL MIR, RENOVACIÓN GENERACIONAL Y RE-ESTRUCTURACIÓN ORGÁNICA.

El Tercer Congreso del MIR, realizado los días 7 y 8 de diciembre de 1967, comenzó con una intervención de Enrique Sepúlveda en la que se expuso un balance de las actividades realizadas hasta aquella fecha, discutiéndose y aprobándose dos análisis del periodo político que se vivía en aquel momento<sup>13</sup>. Como última decisión, se escogió al nuevo Secretariado Nacional y Comité Central. Para el cargo de Secretario Nacional, fue elegido Miguel Enríquez y con él, los 14 miembros del Comité Central de los cuales destacaron Luciano Cruz, Bautista Van Schouwen, Luis Vitale, Edgardo Enríquez, Sergio Zorrilla, el “conejo” Grez, Patricio Figueroa y Andrés Pascal Allende. La Dirección Nacional, por su parte, quedó compuesta por Enríquez, Van Schouwen, Cruz, Pérez, y Zorrilla, algunos de los más jó-

venes del MIR, señal de que una nueva generación y aire político comenzaba a permear a la organización<sup>14</sup>.

Con esta nueva composición de la organización, se evidenció lo que categorizamos como la “*voluntad de actuar*”<sup>15</sup>, es decir, una voluntad de materializar en la práctica *lo teórico e ideológico* fundado en 1965. Este elemento se evidenció con la potencia impresa al trabajo de masas, la reafirmación de la violencia como vía de construcción socialista y en la re-estructuración orgánica de la agrupación. Tres aspectos que sin duda permearán la militancia política del MIR, y que por ende serán nodos importantes en la construcción identitaria mirista.

En efecto, uno de los principales aspectos del segundo periodo que sacudió a la organización fue la potencia del trabajo de masas que venía cultivándose, lentamente, desde 1965. En este sentido, como señala el ex Secretario General del

13 Luis Vitale presentó un informe sobre el desarrollo económico chileno, fuertemente influido por el análisis dependendista y analizó la presidencia de Eduardo Frei como un gobierno seriamente desgastado debido al incumplimiento de las promesas hacia los sectores populares. Por otro lado, se redefinieron algunos conceptos relativos a la tesis-política militar del MIR de 1965, profundizando y discutiendo algunos puntos de ella, como el rol jugado por los sectores rurales en la lucha armada. Luis Vitale, comenta: “Recuerdo que en el debate sobre la táctica para aplicar coyunturalmente la tesis insurreccional a la situación política que vivía nuestro país, Miguel defendió el papel revolucionario que podían eventualmente jugar los pueblos rurales, con el fin de aumentar el número de campesinos que podían entrar al proceso insurreccional, basándose en las cifras de INDAP, organismo estimulado por el gobierno de Frei para acelerar la Reforma Agraria. Le contesté que era peligroso confiar en los pueblos rurales como fuerza revolucionaria, por cuanto mis investigaciones y mi propia experiencia de relegado en Curepto (1963-64) indicaban que en dichos villorrios habitaba una mayoría de capas medias, comerciantes, empleados público, escribanos, abogados y profesores primarios, que neutralizaban las reivindicaciones campesinas” En: Luis Vitale, *Contribución a la historia del MIR* (Santiago: Instituto de Investigación de Movimientos Sociales “Pedro Vuskovic”, 1999), 19. En las líneas retratadas se puede apreciar una clara apelación a la experiencia histórica y a “lo teórico” e “investigativo” como argumento de autoridad al relacionarse con una joven generación caracterizada por la “voluntad de actuar”, cuestión que más adelante detallaremos.

14 El promedio de estos individuos al asumir los roles como dirigentes del MIR bordea los 23 o 24 años.

15 Término acuñado por Eric Zolov, parafraseando a Greg Grandin. Revisar: Eric Zolov, *Che Guevara's Message to the Tricontinental: Crossroads of a New Left*, S/E, (agradezco al autor la aclaración de algunos de estos elementos). Sumado a eso, Gabriel Salazar dirá que la joven generación, en la cual se inscriben los jóvenes miristas, se caracterizará por una anomalía con respecto a las generaciones anteriores, esto debido a que “...la crisis del orden viejo, unido al efervescente desarrollo de la vida democrática chilena desde mediados de los años 50, creaban, además, un marco de blandura y permisividad relativa que hicieron practicable y aun ‘legítimo’ el desenvolvimiento y la organización de conductas rebeldes. En ese contexto, la generación del ‘68 pudo transformar su anomia de ‘crítica’ en una forma magnetizada de ‘vida alternativa’ y en una forma revolucionaria de ‘hacer política’”. Gabriel Salazar, “De la generación chilena ‘68: ¿omnipotencia, anomia, movimiento social?”. En, *Proposiciones* Vol. 12 (Santiago 1986): 99. Revisar también: Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile*, Vol. Niñez y Juventud (Santiago: LOM ediciones, 2002), 130

MIR, Andrés Pascal Allende, la generación joven centró su atención en que la organización se construyera a nivel nacional enraizándose fuertemente en los movimientos de masas. Por lo anterior este periodo se puede calificar, según Pascal, como “*la segunda fundación del MIR*”<sup>16</sup>. Esta “segunda fundación” se enmarcó en la lectura que la nueva generación hizo del periodo anterior. En este sentido, se recuerda que la antigua generación había forjado una actividad revolucionaria demasiado pasiva y propagandística, afirmando que “*en sus inicios el MIR no pasó a ser una oposición de izquierda a la izquierda tradicional*”<sup>17</sup>.

La masificación política en los frentes de masas se evidenció con más energía en el frente de estudiantes y de pobladores. En efecto con la llegada de una nueva “camada” de revolucionarios se potenció el desarrollo de organizaciones de matriz mirista en estos dos sectores. En relación al avance en el sector estudiantil, un ex militante del MIR recuerda que entre los años 1967 y 1968 existió un crecimiento explosivo en las universidades de Santiago y Concepción<sup>18</sup>, ejemplo de la permeabilidad de esta generación y el diálogo interno que subyacía a esta misma.

En efecto, en este periodo el MIR comenzó a pensar a la universidad como

un espacio de articulación política “hacia afuera”, vinculada directamente a distintos sectores sociales y no desde un prisma asistencialista ni como un foco “iluminado” que depositara la política revolucionaria, alejándose, desde su propia visión, de las concepciones reformistas del trabajo estudiantil, cuestión interesante a la hora de precisar a la cultura política que se respondía. En este sentido, el periódico *El Rebelde* afirmaba en septiembre de 1968 que:

“(...) El verdadero papel del movimiento estudiantil será romper este círculo vicioso de statu quo, no irán a los obreros como “activistas” electorales ni como “guerrilleros en tregua”...irán para estar junto a ella en sus luchas periódicas reivindicativas y estratégicas [...] no limitándose empíricamente a “ir a los obreros”, sino que elaborando una política para cada frente [...] En caso alguno el estudiantado es la clase motriz de la Revolución...debe integrarse a la lucha”<sup>19</sup>

Por su parte el trabajo con pobladores también creció en este periodo. Entre 1967 y 1969 se evidenció una inserción mayor en el frente de pobladores. Su materialización se evidenció en la conducción de diferentes tomas de terrenos, en Santiago y ciudades importantes<sup>20</sup>, y en la pronta aparición de líderes poblacionales de matriz mirista. Víctor Toro, destacado líder del MIR a nivel

16 Andrés Pascal Allende, *Balance histórico del MIR y su lucha revolucionaria*. S/E. p. 10

17 *Ídem*.

18 Enérico García. *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2010), 23.

19 *El Rebelde* N° 1, Santiago de Chile, Septiembre de 1968. Suplemento Estudiantil. Sin página.

20 Ricardo Frodden, dirá: “Entonces se logra consolidar [hacia 1969] una estructura un poco más sólida, y a hacer un trabajo ya no solamente estudiantil sino que también hacia el movimiento poblacional que se estaba generando, se dan tomas espontaneas de terreno y nosotros nos organizamos y lideramos la toma más importante de Valparaíso, la toma de Achupalla, que fue liderada por Carlos Díaz, y pudimos, a partir de este trabajo sindical que yo había iniciado en SAIR,

poblacional, recuerda que en esta época se levantaron un buen número de dirigentes poblacionales con base política en la organización roji-negra, como Herminia Concha o Lumi Videla, los que fueron apoyados por los viejos militantes Humberto Valenzuela y Clotario Blest<sup>21</sup>.

Víctor Toro en su contribución a la historia de la toma “La 26 de Enero”, refleja claramente cómo el MIR comenzó a permear su política al mundo de los pobladores. Con todo, la actividad mirista en el sector poblacional se verá representada en su máxima expresión con la toma de terrenos “26 de Enero”, comandada, según se aprecia en diversas fuentes, cien por ciento por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En efecto, la toma que se realizaba y que daba paso a una población, era fruto de una política mirista que comenzaba a orientarse a los frentes sociales, nutriéndolos de su ideología. Así lo recuerda Víctor Toro: “El 26 de Enero de 1969, después de una amplia labor vecinal, con los sin casas, los jóvenes y la consolidación de las células del MIR por todo San Miguel, nos lanzamos a la Toma en el Fundo La Bandera”<sup>22</sup>.

Por otro lado el MIR en su fun-

dación ratificó su opción por la vía armada. Esa orientación llevó a debatir el tema en el III Congreso de la organización. Humberto Valenzuela<sup>23</sup> recordó la discusión sobre el carácter que tendría la violencia revolucionaria en Chile y como ésta se iba a estructurar, ya que si bien existían tesis que demostraban la factibilidad de ella y su posible desarrollo, no existía una base para hacerla práctica. En sus palabras: “no se contaba ni con lo más elemental, es decir, con los guerrilleros entrenados y preparados como tales. Mucho menos se contaba con elementos materiales para llevar a cabo esta empresa”<sup>24</sup>.

Con todo, el periodo que se abrió con la secretaría de Enríquez inauguró “la hora de la acción”. De ese modo, si entre 1965 y 1967 había primado la retórica de la violencia, ahora, según el MIR “joven”, llegaba la hora de “comenzar las acciones armadas”<sup>25</sup>. Fue en ese contexto que en 1968 se organizaron dos escuelas de guerrillas en el sur del país, con contactos establecidos en Concepción que querían formar una guerrilla<sup>26</sup>, montándose, además, un taller de artefactos caseros y un “aparato de información”, según afirmó Miguel Enríquez<sup>27</sup>. Sin embargo, la violencia revolucionaria

---

tomarnos la fábrica SAIR en el año 70, fines del 70, y pedir la expropiación”. Entrevista a Ricardo Frodden, ex miembro del Comité Central, (miércoles 13 de junio, 2012). Ricardo Frodden es primo de Miguel Enríquez, fue militante del MIR hasta 1991.

21 Víctor Toro, *Historia de la toma de La Bandera “La 26 de Enero”*. Disponible on-line en: <http://www.generacion80.cl>

22 *Idem*.

23 Humberto Valenzuela es uno de los más importantes y destacados dirigentes trotskistas de la historia de esta corriente política en Chile. Fue candidato presidencial en 1941 y en 1946, fundador del POR y de la VRM, fue parte del primer buró político del MIR.

24 Humberto Valenzuela, *Historia del movimiento obrero chileno* (Santiago: Edit. Quimantú, 2008), 135.

25 Una reflexión más acabada sobre este proceso se encuentra en nuestro trabajo: Matías Ortíz Figueroa, “La violencia en la construcción identitaria mirista, una perspectiva generacional (1965-1969)”, *Revista Izquierdas*, núm. 15, [www.izquierdas.cl](http://www.izquierdas.cl), (Santiago 2013): 125-140.

26 Palieraki, *La opción por las armas...*, 4

27 Miguel Enríquez, *Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)*. S/D

se vio plasmada en otros actos, que no tuvieron que ver ni con guerrillas rurales ni con guerrillas urbanas.

En efecto, ésta violencia se plasmó en la recuperación<sup>28</sup> a bancos para financiar las actividades revolucionarias, las que se convertían en una forma de propaganda político-armada. De ese modo, como recuerda Enérico García, la primera acción se realizó un 15 de julio de 1969, día en que según García “*habíamos dado un salto cualitativo a nuestro accionar*”<sup>29</sup>. Por otro lado, estas acciones estuvieron fuertemente influidas por organizaciones revolucionarias latinoamericanas, denotando el fuerte influjo que organizaciones de la Nueva Izquierda latinoamericana ocasionaron en el MIR, las que estaban orientadas, también, bajo las influencias y enseñanzas de Cuba y experiencias políticas similares. García recuerda que las recuperaciones estaban pensadas “dentro del tipo de acciones que realizaban los Tupamaros en Uruguay, operaciones siempre limpias [...] inspirados en esa experiencia habíamos elaborado el plan operativo”<sup>30</sup>.

En este sentido, el MIR legitimó estas acciones pues eran una forma de propaganda armada donde el discurso político se socializaba a través de las mismas prácticas. Es decir, mediante estas actividades no solo se generaban re-

ursos para la *causa revolucionaria*, sino que también se difundía el mensaje político-revolucionario, llamando la atención de la prensa y la opinión pública. Es decir, como se puede rastrear en los discursos de la época, una lógica que intentaba subvertir la antecesora dinámica política de la organización, donde la *práctica* concreta de los aspectos teóricos no existía. No es de extrañar que estas prácticas rompiesen con las lógicas de la política tradicional y de la izquierda “reformista”. En este sentido *Punto Final* recordó que Luciano Cruz afirmaba que aquellas actividades eran “una burla a la autoridad misma del Estado... así como el ataque más implacable al estilo y método de los partidos de la izquierda tradicional”<sup>31</sup>

Por otro lado, a la par de la potencialización del trabajo de masas y de la exacerbación del fenómeno de la violencia, la organización experimentó cambios en su orgánica inicial, ocasionando cambios en su estructura vertebral. De ese modo producto del “recambio” generacional, se comenzaron a evidenciar auto marginaciones y expulsiones de militantes. Pedro Naranjo recuerda que el hecho de que el sector joven asumiera la dirección, significó que sujetos de la “vieja generación” tomarán la decisión de seguir militando y continuar como

28 Actividades de financiamiento que consistía en el robo a instituciones financieras.

29 García, *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante...* 35.

30 *Idem*. Al respecto, también se pueden encontrar elementos que inscriben al MIR dentro de una lógica más amplia de lucha, a nivel latinoamericano. En efecto en el relato de Frodden se logran encontrar la articulación que grupos de “nueva cepa” comienzan a tener con las experiencias históricas de otros grupos que apostaban por un camino semejante. En este caso, los uruguayos del MNL Tupamaros: “[...] también ahí se definió una línea táctica intermedia, el hecho de que ‘vamos a formar grupos políticos militares y vamos a trabajar desde la perspectiva de algo semejante de lo que están haciendo los uruguayos de la lucha guerrillera urbana [...] los Tupas tenían una experiencia ya acumulada de años de trabajo clandestino en ese sentido’. Entrevista a Ricardo Frodden, miércoles 13 de junio, 2012.

31 *Punto Final*, núm. 87, Septiembre de 1969, “Gánsters o...”.



una “oposición interna” o de separarse paulatinamente de la organización.

En ese contexto, algunos de los que tomaron esta última decisión fueron “... Enrique Sepúlveda, Óscar Waiss, Humberto Valenzuela, Martín Salas, Gabriel Smirnow, Clotario Blest, Edgardo Condeza, Jorge Cereceda, Martín Salas, el “Pelao” Zapata, Mario Lobos y otros”, perdiéndose gran parte de la “experiencia histórica, capacidad política e ideológica acumulada en largos años de militancia”<sup>32</sup>. Por lo tanto, a partir del argumento de Naranjo podemos afirmar que la generación “joven” vio en la vieja generación un bloque experimentado y con una considerable capacidad política, esmerada en crear, como dijimos, el sustento teórico-político de la nueva organización. Lo anterior nos lleva a pensar que el cese de la circulación de la revista teórica *Estrategia*<sup>33</sup>, luego de este fenómeno, y el fraccionamiento que más tarde sacudiría a la organización, son símbolos de la crisis que se comenzaba a experimentar en el MIR.

Por otro lado, junto a la salida de antiguos militantes, el rapto del periodista Osses Santa María ocasionó la clandestinización de la organización<sup>34</sup>. Bajo ese fenómeno, la antigua genera-

ción y el resto de la oposición acusó a la dirigencia de la formulación de ésta operación, para asegurar y mantener sus puestos. De este modo, la oposición interna realizó un “Congreso fraccional” en donde participaron las minorías de los Comités Regionales de Valparaíso, Coquimbo y Santiago y lo que originó que el Comité Central, en su mayoría, expulsara a la disidencia un día 25 de julio de 1969<sup>35</sup>.

Esta situación se debe entender dentro de un contexto en donde las tensiones entre los grupos que coexistían en el MIR<sup>36</sup> eran importantes. Esas discusiones producían que se agilizaran las tensiones gestadas desde la fundación y hacían claras las diferencias con el sector del trotskismo produciendo la inevitabilidad de trabajar en una organización común. En ese contexto, el grupo marginado creó el MIR-FR conducido por Humberto Valenzuela, que trabajó para la campaña de Salvador Allende<sup>37</sup>. El Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez (MR-2) también fue creado por una disidencia del MIR<sup>38</sup>.

Posterior a esas escisiones se evidenció una considerable merma en la militancia (un 30% de los militantes de

32 Pedro Naranjo, et. al. Op. cit. p. 53.

33 Revista *Estrategia* dejó de circular en 1968.

34 El día seis de junio de 1969, un grupo perteneciente al Regional Concepción del MIR, raptó al periodista democristiano Hernán Osses Santa María, quien constantemente había estado hostigando a miembros de la organización en la prensa. Luis Vitale recuerda que el periodista penquista escribía agravios como que “Luciano Cruz es un extremista alocado”, o que “Bautista Van Schouwen es un maquiavelo”, lo que generó que un grupo de miristas lo secuestrara y luego de unas horas lo tirara desnudo a la salida de la “fiesta de las flores” que se hacía en Concepción, como forma de amedrentarlo.

35 Estos datos son ratificados en el documento. “Respuesta a un documento emitido por la “Colonia” de Valparaíso”. En: “Miguel Enríquez, *Con vista a la esperanza*” (Concepción: Ed. Escaparate, 1998), 366.

36 Antiguos militantes –de raíz trotskista fundamentalmente– junto a la “generación joven”.

37 A nuestro parecer, la existencia de este grupo refleja también las tensiones programáticas y de “vías” que entre las generaciones se daban. Bajo ese enfoque, no es de extrañar que la nueva organización comandada por Valenzuela se plegara a la campaña de Allende.

38 Este último grupo con líneas principalmente foquistas decidieron convertir la organización en un grupo operativo, sin Dirección Nacional y con acciones militares al minuto (así los recuerda Enérico García).

Santiago y un 20% de toda la fuerza partidaria a nivel nacional). La reestructuración orgánica se acercaba producto de las diferencias políticas que no se habían resuelto desde 1965 y que afectaron la convivencia interna. Así, la nueva estructura, aunque con menos militantes, permitiría el fortalecimiento de la unidad interna, que, con un sello dado por la joven generación, caracterizaría el periodo.

En efecto, junio de 1969 trajo la expulsión de gran parte del sector trotskista y la consecuente discusión sobre la composición de la organización que debía construir la revolución socialista en Chile. Así, pronto se llegaba a la conclusión de que en las condiciones en que se encontraba la agrupación para la fecha, no podría liderar la revolución chilena, pues estaba constituida, desde 1965 y parafraseando al Secretario General, Miguel Enríquez, por “varios partidos”, “grupos” y “fracciones” políticamente divergentes, e incluso orgánicamente diferenciadas<sup>39</sup>. Por lo tanto, el MIR señaló que la constitución vigente de la organización para esa fecha no era una herramienta viable para dar paso a la *acción revolucionaria*, es decir, a la construcción “verdadera” del proceso que llevaría a la revolución chilena triunfante. Andrés Pascal Allende recuerda algunas características de las insuficiencias que la organización tenía en el primer periodo:

“Durante sus dos primeros años de vida [...] el MIR fue un polo de reagrupación de sectores radicalizados de la izquierda. La unidad [...] estaba dada por el rechazo al reformismo [...] Pero a la vez, estos elementos eran insuficientes para una organización que aspiraba a convertirse en una alternativa revolucionaria [...] Faltaba una claridad y unidad de acción estratégica y táctica, construir un instrumento organizativo adecuado para esa *acción revolucionaria*”<sup>40</sup>.

En ese mismo sentido, Enríquez afirmó que el rendimiento de las tareas de la organización hacia el año 1969 no pasó del 50% y que se continuaron produciendo tensiones que hacían imposible el trabajo dentro de la organización<sup>41</sup>. Por esas razones, el Secretariado Nacional concluirá que era necesario reestructurar la organización y convertirla en una que cumpliera con los objetivos planteados desde 1965. En este sentido, entre los meses de mayo y junio de ese mismo año se produjeron grandes cambios a nivel orgánico en el MIR que reestructuraron la formación del partido en función de que fuese capaz de liderar la “revolución chilena”. Guillermo Rodríguez, militante del MIR desde 1968, señala que la lectura que la agrupación realizó del periodo, más las propias contradicciones que se producían en el mismo seno de ella, hicieron necesaria una reestructuración para aproximarse a la construcción del socialismo:

“El MIR también estaba sacudido por contradicciones. Manteníamos

39 *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. 1965-1971, Marzo de 1971*. Documento escrito por Miguel Enríquez a modo de esquema general para construir en el futuro una Historia del MIR.

40 Andrés Pascal Allende, *Balace histórico del MIR y su lucha revolucionaria*. Documento para el IV Congreso Nacional del MIR. s/e. p. 11. Las cursivas son nuestras.

41 Alguna de estas tensiones eran la omisión de acciones armadas por la oposición que algunos miembros a la clandestinidad o por la poca vinculación que el MIR había desarrollado en el movimiento de masas.

un pie en la estrategia insurreccional y un ojo puesto en la lucha de las masas –no en vano la consigna de la época era ‘Insurrección o Morir’. Pero el otro ojo estaba puesto en la lucha armada, en la necesidad de asumir, de una vez por todas, un camino que significara avanzar en una concepción estratégica del poder. Y analizando estas cuestiones en el grupo, concluimos que no había más excusas: las condiciones objetivas estaban maduras y sólo se requería avanzar [...] ‘Sólo una revolución entre nosotros hará posible la revolución chilena’ es el título del documento, cuartilla mimeografiada que comenzamos a estudiar entonces. Caluga confidenció un día que era la pluma de Bautista Van Schouwen. Al menos yo sentía que ahora sí, el MIR, era un verdadero instrumento orgánico para la lucha y comenzaba a adquirir forma”<sup>42</sup>.

En efecto, el documento comenzó demostrando que la organización había llegado a tener un gran desarrollo orgánico y político en sus cinco años de vida y que la situación política nacional imponía nuevas tareas y plazos, donde se debían cumplir rápidamente ciertas labores para la construcción de la revolución. El documento señaló la continuidad con el Programa y con la Estrategia revolucionaria que había sido fundada en 1965, pero afirmaba categóricamente que las confusiones y las diferencias en torno a la proyección del “qué hacer” se tornaban cada vez más agudas entre los diferentes polos de la organización “pudiendo llegar a impedirnos cumplir con el único objetivo que justifica nuestra existencia como organización y que

es a la vez el único vínculo que nos une: hacer la Revolución y para ello iniciar la lucha armada al más breve plazo posible”<sup>43</sup>. De ese modo, se reconoció que las distintas tensiones fraccionales que coexistían dentro del MIR, estaban dificultando el objetivo general que desde un comienzo se habían propuesto y que era lo único que unía a distintas matrices político-culturales, es decir, hacer la revolución.

Así el MIR reconoció la debilidad de su composición orgánica pues no existían “estructuras intermedias suficientes y participantes; existe descoordinación relativa entre los aparatos políticos, intermedios y especiales, más aún entre las distintas regiones del país”<sup>44</sup>. Además los problemas tendenciales (la existencia de distintas visiones y generaciones políticas) no se resolvían y, llevados a un terreno político y orgánico, sólo generaban confusión en la organización. La debilidad del grupo pasaba también por la insuficiente formación política que los militantes recibían, por el *lastre* de cuadros públicos y la falta de medidas de clandestinidad, lo que impedía actuar como una organización revolucionaria “marxista-leninista”. Ante eso, el MIR era categórico: era necesaria una revolución orgánica, un cambio rotundo en la estructura de la organización. Se debía entrar a una *nueva etapa* depurando lo que “impedía caminar” y aceptando el periodo como una crisis. Una crisis que forjaría el nuevo partido que haría la revolución en Chile:

42 Guillermo Rodríguez, *De la Brigada Secundaria al Cordón Cerrillos* (Santiago: Edit. Universidad Bolivariana, 2007), 18. Las cursivas son nuestras.

43 *Sólo una revolución entre nosotros puede llevarnos a una revolución en Chile*. p. 1.

44 *Ibid.*, 16.

“...la crisis de toda organización que de su infancia entra a la madurez y sólo ahora puede actuar responsable y efectivamente, es el salto doloroso de la prehistoria orgánica y política, a la historia de nuestro movimiento. Muchos quedarán atrás, otros quedarán irse; podremos incluso, y a pesar nuestro, ‘dividirnos’ y así aparentar ‘retroceder’; no es lo positivo, pero si fuera necesario: ¡Adelante!”<sup>45</sup>.

En ese contexto, el MIR propuso realizar una revisión de lo que había sido la organización para luego formular las posibles salidas a los problemas estructurales planteados. En consecuencia, se analizó lo que había sido la organización hasta ese momento, dejándose ver que desde 1965 hasta 1967 el MIR había sido demasiado flexible en la concepción del partido y que no había estado en las condiciones de convertirse en este tipo de organización, como tal. Aquella discusión se hizo bajo la comprensión de un partido desde el lente del marxismo-leninismo, es decir, como la “vanguardia del proletariado” o, en palabras del Comité Central, una “...agrupación de hombres que se organizan para hacer la revolución, para cumplir con sus etapas (preparación, conquista del poder y consolidación de este...”<sup>46</sup>. De este modo, apuntó la joven Dirección Nacional, la estructura partidaria era heredera de una *federación de grupos*, que había hecho del movimiento una *organización blanduzca*. Este tipo de organización, en definitiva, no podría concretar el proyecto político construido.

Bajo ese escenario, la solución era una sola: las cuestiones políticas debían estar cien por ciento ligadas a las cuestiones militares, asegurándose la edificación de un verdadero partido marxista-leninista, el que debía caracterizarse por ser cohesionado orgánicamente, sumamente disciplinado y eficaz en su accionar<sup>47</sup>. En la nueva orgánica no existiría espacio para tendencias disímiles, comprendiéndose que la homogenización política será un aspecto fundamental en la nueva composición del MIR. Si antes la heterogeneidad política había caracterizado a la organización, ahora se debía procurar eliminar esos “lastres”:

“...los objetivos son los mismos, las prioridades y los métodos son los diferentes. El volumen relativo de ‘tareas especiales’ debe aumentar enormemente. La ‘tareas especiales’ deben dejar de ser privativas de un sector de la organización para transformarse en el problema de la mayor parte del Movimiento. Las cuestiones políticas estarán estrictamente ligadas a las tareas especiales. La integración de lo político y lo militar se hará una realidad. [...] No habrá más espacio para las tendencias demasiado divergentes. La organización deberá adquirir una relativa homogeneidad política: solo los matices y los desacuerdos menores podrán subsistir”<sup>48</sup>.

En este sentido, el MIR debía pasar a ser prioridad para sus militantes, los que debían asumir tareas de clandestinidad y cumplir con todos los mandatos que el partido propusiera. De este modo, podemos afirmar que la estructura par-

45 *Ibid.*, 5.

46 *Ibid.*, 24.

47 Para un análisis detallado sobre la vanguardia revolucionaria y el partido, ver: Vladimir Ilich Lenin, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* (Buenos Aires: Edit. Nuestra América, 2004), 180 en adelante.

48 *Sólo una revolución entre nosotros...*, 10.

tidaria asumía el carácter marcadamente leninista del que se había jactado desde su composición. Es decir que, si bien el lente teórico que la organización ocupó siempre para componer su matriz político-cultural fue el marxismo-leninismo, las concepciones del partido estuvieron bien alejadas de esta perspectiva política. Esto ya que si analizamos, a grandes rasgos, los componentes de un partido marxista-leninista veremos que este sólo se vio materializado desde la reorganización partidaria de 1969. En efecto tal como sostiene Sergio Sánchez y Jorge Alonso, el partido leninista debía constituirse como una organización de cuadros selectos, en donde la disciplina interna fuera una constante a la vez que se aceptaran los designios del partido con una vinculación intrínseca con el movimiento de masas<sup>49</sup>.

De este modo, sostenemos que la agudización de la lectura marxista leninista del partido revolucionario se dio en el MIR en esta época, ya que desde aquí podemos comenzar a presenciar una estructura partidaria político-militar, donde el sujeto que entraba a la organización debía someterse a los designios que el partido revolucionario estipulase. Es decir, asistimos a la regularización de cuadros, donde *cada hombre* es fundamental en la construcción de la revo-

lución. Aspecto que analizaremos en el acápite siguiente.

### III. UNA REVOLUCIÓN EN EL MILITANTE: EL “HOMBRE NUEVO” EN EL MIR

El cambio en la estructura del MIR permeó el tipo de militancia. En efecto, no sólo la organización cambió en su modelo estructural y etario, sino también se plasmó un giro en la militancia que experimentó la organización. De ese modo, se comenzó a fraguar un tipo de militancia que hasta ese momento no se había contemplado como una política de organización. Así, términos como *profesionalización* de las tareas político-revolucionarias y las referencias a la construcción de un militante ejemplar que hundía sus raíces en las conceptualizaciones de Ernesto Guevara sobre el *hombre nuevo*<sup>50</sup>, fueron constantes en la experiencia militante desde el quiebre de 1969.

De este modo, bajo el tipo de militancia que se habían construido desde 1965 según la “joven generación” conducida por Enríquez<sup>51</sup>, es que se sostuvo una discusión que tenía como raíz el hecho de que un grupo con aquellas características militantes no podría hacer la revolución en Chile. Es decir, no

49 Si bien está sancionado cuales son las prácticas políticas que se unen a la militancia leninista, se puede revisar el texto: Sergio Sánchez y Jorge Alonso, *Democracia emergente y partidos políticos* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de la Casa Chata, 1990), 12-13.

50 El Hombre Nuevo se refiere a la sistematización que el “Che” Guevara realizó de un conjunto de principios que formaron parte de una estructura militante cuyos principales ejes recayeron en la moral y en la ética política/militante. Su preocupación recaló en la construcción de un sujeto revolucionario que, en una relación dialéctica, mezclara la libertad con el sacrificio y el deber moral con la necesidad revolucionaria.

51 Es decir, una organización “blanduzca” que hasta el recambio generacional “...tenía por base a todo tipo de ‘militantes’, donde no se realizaba ningún tipo de selección para el ingreso; así habían ‘aficionados a la revolución, descomprometidos intelectualoides, etc’”. En: *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. 1965-1971*, Marzo de 1971

podría cumplir el “objetivo final” (*hacer* la revolución) un grupo desorganizado, que no incluyese los aspectos militares en el accionar político o que no tuviese una selección rigurosa en el ingreso de militantes, por ejemplo. La expulsión de los elementos disidentes embarcaba a la organización a una re-estructuración orgánica donde el *tipo* de militante del partido será un elemento sustancial apelándose, por ello, a la redefinición y re-caracterización de la militancia política, entendiendo que uno de los aspectos fundamentales del sujeto que haría la revolución sería la entrega sacrificial al proyecto revolucionario.

En efecto, el documento “Sólo una revolución entre nosotros puede llevarnos a una revolución en Chile” no sólo re-organizó la agrupación en términos de estructura partidaria, sino que también sentó las bases para redefinir el rol que *cada hombre* debía jugar en la organización que realizaría la revolución chilena. De este modo el MIR apelando a la experiencia que había construido en los periodos anteriores (esto es, la construcción de todo el andamiaje teórico-político en un diálogo con la generación antigua situación que nos permite hablar de continuidades generacionales en términos teórico-políticos), decidió auto transformarse para poder lograr los objetivos planteados. En este sentido, la organización protagonizó un giro en términos de militancia política, que

se evidenciarán en la regularización de los cuadros. Así, la auto-transformación pasó por la idea de construir al nuevo militante, que reuniera todas las condiciones que un partido de vanguardia, marxista-leninista, imponía. Las tareas de cada militante debían regularizarse en función de un partido de cuadros político-militares, y en consecuencia, la actitud de cada militante debía ser propia de un “profesional de la revolución”. Debido a ello, exponía la Dirección, la organización “*re-nacía*”, por lo tanto las tareas y la relación del militante con ellas serían completamente distintas a la etapa anterior, cambiando los grados de responsabilidad que el sujeto debía demostrar con el partido e imbuyéndose en un “alto espíritu de sacrificio”.

El militante del MIR ahora debía entregarse por entero al proyecto revolucionario, cumpliendo todas las normas y deberes que la organización imponía. En este sentido, no bastaba con cumplir pasivamente algunas tareas que el partido les exigía sino que todo se debía enmarcar en actitudes propias de un cuadro revolucionario, entendido este como un sujeto sacrificado y virtuoso, entregado a las tareas político-militares de forma absoluta. En términos de leninismo, el militante mirista debía ser el “*tribuno de la plebe*”<sup>52</sup>.

Por ello se reglamentó el ingreso a la organización haciéndose necesario

52 A propósito de este término, Lenin afirmaba: “El ideal del socialdemócrata [militante comunista en aquel 1902] no debe ser el secretario de tradeunion, sino el tribuno popular, que sabe reaccionar contra toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea la capa o la clase social a la que afecte; que sabe sintetizar todos estos hechos para trazar un cuadro de conjunto de la brutalidad policiaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el menor detalle para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y a cada uno la importancia histórico-mundial de la lucha emancipadora del proletariado”. Lenin, *¿Que hacer?...*, 46.

“pasar por un mes de simpatizantes (no organizados), dos meses de aspirante (organizados) y luego de militantes de unidades políticas (organizados)...”<sup>53</sup>. Es decir, luego de la crisis orgánica no cualquiera podía entrar a ser militante, al contrario, se debía pasar por una serie de protocolos que definirían las aptitudes de los sujetos y si estas eran idóneas para convertirse en militante o no. Es decir, una militancia que pasará, en gran medida, por cuestiones de carácter *actitudinal*. De este modo el intento de profesionalizar a los militantes se materializó y en consecuencia, se planteó como eje una nueva dinámica de militancia que reunía características especiales. Así, actitudes y representaciones de la militancia en el mundo de “lo social” y en la “cotidianidad política” eran claramente importantes:

“El tipo de militante que entrará al MIR debe ser diferente al de antes. Los aficionados deberán abandonar la organización. No será suficiente respetar pasivamente los horarios de reuniones. No se ingresará ni se hará abandono del partido de cualquier forma. La entrega de sí mismo deberá ser total. La organización decidirá si un militante debe o no trabajar o estudiar, o dónde habitar, etc. [...] Es la única manera de constituir una organización sólida, disciplinada, eficaz, capaz de discutir menos y de operar en plena clandestinidad. Es esta organización la que realizará acciones e iniciará la guerra de clases en Chile”<sup>54</sup>.

Como vemos, la nueva conformación de militancia que se comenzó a experimentar desde 1969, fue una estructuración que definió al *nuevo militante*, en palabras del leninismo, como un *profesional de la revolución* y en cuanto a profesional de la revolución este debía cumplir con una serie de protocolos que definía el partido. En torno a eso es posible sostener que será en este periodo donde se fragüe una parte importante de la identidad militante en el MIR, pues es en este periodo en donde se comienza a pensar al *mirista* como un sujeto abnegado, entregado por entero a la *causa revolucionaria*. Esto no implica que en los años anteriores no se construyera parte de esta identidad. Es más, creemos que buena parte de la configuración militante está dada por los principios teórico-políticos que se gestan desde 1965. Esto explica que la identidad política del militante y la configuración de la militancia revolucionaria en el MIR no fue un bloque pétreo, más bien esta fue rescatando continuamente distintos elementos de distintas coyunturas que fueron posibilitando una militancia dinamizada, llena de continuidades a las que se les incorporan nuevos elementos<sup>55</sup>.

En este contexto se fue tejiendo entre los adherentes al proyecto político mirista una necesidad de entrega absoluta a la causa revolucionaria y al proyecto que encarnaba el MIR, es decir otra per-

53 *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Algunos antecedentes ...*

54 “Sin lastre avanzaremos más rápido”. Extraída de: Pedro Naranjo et.al., *Miguel Enríquez...*, 62.

55 Es posible afirmar que en la militancia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria existen diversas continuidades políticas a las que se les incorporan nuevos elementos, como una suerte de collage identitario compuesto de diversos trozos “experienciales”. Es decir, que existe un rescate de elementos antiguos, como el trotskismo y las tradiciones revolucionarias de los cincuenta a las que se les incorporan elementos como la “voluntad de actuar” o la militancia sacrificial, enmarcada en la creación de nuevo hombre.

cepción de militancia que fue nutriendo la identidad política enmarcada en una entrega *sacrificial* y en una inmolación al proyecto político. En este sentido, se fue construyendo una voluntad del sacrificio que iría tornándose cada vez más necesaria a medida que los plazos políticos se acortaban y que el periodo de masas imponía.

De este modo y como recuerda Guillermo Rodríguez, el MIR comenzó a realizar entrevistas a los cuadros políticos que ya estaban incorporados en la estructura partidaria y, herméticamente, les señaló las tareas que debían cumplir y si estos estaban dispuestos a entregarlo *todo* por ellas o no. En este sentido, Rodríguez recordó que a inicios de 1971<sup>56</sup> fue convocado por la organización a una reunión en una casa cercana al Regimiento Tacna, que lucía una fachada de “Centro de Estudios Bíblicos”, aspecto importante si se compara con la necesidad de compartimentar la organización:

“Tocó mi turno, y entré. Estaba parte de la Comisión Política, y Miguel Enríquez encabezaba la conversación. Sergio Pérez, el “Chicope” hacía una reseña de cada militante para informar a los restantes miembros de la dirección. Luego hablaba Miguel preguntando si uno estaba dispuesto a asumir una tarea necesaria para la organización y que significaba dejar la familia, los estudios, los hijos, en definitiva todo, por un tiempo indeterminado. Explicaba que para mantener la compartimentación, en caso de que fuese negativa la respuesta, no podía explicar de qué tareas trataba. Pensé algunos segundos en mi fami-

lia y en Bernardita [su novia], pero no dudé al asentir”<sup>57</sup>.

En ese contexto, la voluntad *sacrificial* se manifestó también en la relación con la ética militante, enmarcada en los principios heredados del guevarismo, que cobijados en la creación de un “Hombre Nuevo” generó un fuerte imaginario colectivo de *cómo debía ser* el sujeto que adquiriría el compromiso de trabajar por y para la revolución. De este modo, valores como la solidaridad, el sacrificio, el amor y la entrega total, fueron parte del icono al que *debía* aspirar todo revolucionario y el MIR no estuvo ajeno a adquirir estos matices.

En efecto, las alocuciones en distintos documentos o memorias de ex militantes sobre los valores que encarnaban estos sujetos, generalmente se centraron en el hombre nuevo y en la militancia *sacrificial* que debía representar el propio mirista. Así, los nuevos valores que el sujeto de la futura sociedad comunista debía personificar, estaban concentrados en los miristas y particularmente, o al menos así se deduce de los relatos y documentos revisados, en los líderes de masas. De esa forma, la *cultura mirista* representaba una *nueva* forma de comprender la política, enfrascada en cuestiones cien por ciento actitudinales, como mencionábamos, es decir en una nueva forma de expresarse ante el mundo y ante el resto de los semejantes y las culturas políticas del contexto. Así lo expresó Carlos Liberona, al decir que:

56 Si bien la fecha recordada por el ex mirista se aleja de la fecha estudiada en el presente estudio, afirmamos que el hecho sucedido es una réplica de las discusiones comenzadas a mediados del año 1969, por el carácter del enunciado, los personajes que se referencian y el formato de la reunión.

57 Rodríguez, Op. cit. p.35.



“Los miristas vivían en una cultura militante todo el día. Había dirigentes, como el Chico (Sergio) Pérez, que no querían que los militantes tuvieran un minuto libre... Y en los campamentos, tenían que comer escondidos porque no aguantaban más. *Era un grupo juvenil y a la gente le gustaba la idea del sacrificio.* La parte mística era un componente muy fuerte, no podías hablar sin tener coherencia, la del Che, la de Miguel, etc. Vivir como uno hablaba, esa era la cuestión sobre la cual todo el mundo te vigilaba. El mirista era un gallo muy integro, que en general no mentía, eran solidarios hasta el extremo, las relaciones internas eran muy afectivas”<sup>58</sup>.

Como versa el relato de Liberona, la imagen de Miguel Enríquez y del Che Guevara se conjugaba en actitudes valóricas particulares que nutrían la identidad y la cultura política del militante. De este modo, el ser mirista significaba reproducir valores del Hombre Nuevo, como los representados por el “Chico” Pérez (histórico dirigente mirista) y su tarea como líder de masas, convirtiéndose en un profesional de la revolución. Es decir la actitud sacrificial que habían adquirido al aceptar la militancia política, la imagen del profesional de la revolución que debían construir en la cotidianidad de sus “luchas”, debía plasmarse en la vida y en el esfuerzo cotidiano de *su causa política*, procurando permear al resto de la militancia, socializando los discursos, pero, fundamentalmente, ejemplificando y encarnando la *práctica revolucionaria*.

En este sentido la muerte de algunos dirigentes y militantes, expresó la condensación de los elementos *actitudinales* que todo revolucionario debía adquirir en su rol de militante político-revolucionario. De este modo, incluso los valores normales pasaban a tener otro significado, este significado era, el revolucionario. En este sentido se desprende que la ética no debía ser cualquier ética, debía plasmarse en el militante una *ética revolucionaria*. La muerte, si era por la revolución, no era cualquier muerte, era una muerte heroica, una *muerte revolucionaria*. En ese sentido, por ejemplo, el fallecimiento de Arnoldo Ríos representaba un mensaje para los militantes, un ejemplo de lucha, en síntesis, un *deber ser*. Así, el revolucionario muerto se convertía en un *mártir* y en un ícono al cual se debía aspirar, rescatando *lo mejor* de su entrega:

“El dolor de los revolucionarios ante la muerte de un compañero es un sentimiento difícilmente expresable... Para nosotros la vida de un hombre y la vida de un revolucionarios son valores de la más alta significación... Nuestro compañero, mientras estuvo en vida se entregó por entero y con todo el sacrificio a la lucha por los intereses de los trabajadores del campo y la ciudad....A partir del sacrificio de nuestro compañero no debemos dejar emerger sólo lamentos...debemos obtener la fortaleza, la unidad y la serenidad para seguir el camino que él comenzó, y continuar nuestra lucha hasta terminar con la explotación del hombre por el hombre...”<sup>59</sup>.

58 Lucía Sepúlveda, *Memorias de un labrador de futuro. Carlos Liberona, el amor y la lucha* (Santiago Edit. Ayún, 2010), 110. Las cursivas son nuestras.

59 *Revista Punto Final*, núm. 120, (Santiago 1970): 8.

Carmen Castillo, también recordará la imagen de Lumi Videla como un símbolo de mujer revolucionaria. De este modo, se describe que las actitudes de la líder mirista y *compañera* de Sergio Pérez, iban más allá de las “debilidades del género femenino”, como señalase la ex pareja del histórico secretario general, para el imaginario patriarcal de aquella época. En este sentido, se lee, la mujer mirista simbolizaba una nueva forma de pensar a la mujer. La militancia revolucionaria subvertía las “debilidades” de las féminas. Es decir, la militancia revolucionaria nutría la identidad de todo quien aceptara y tuviera las condiciones para ser un “profesional de la revolución”. Las expresiones que Castillo realiza de Videla son reflejo del símbolo y de la sacralización del militante revolucionario (“*la encarnación de la militancia ejemplar*”) que se construye en torno a ciertos individuos:

“Luisa tenía mi edad. La veo en los enfrentamientos estudiantiles con la policía en 1968...la veo en primera fila,...Luisa se convirtió, sin haberlo buscado ni pedido, en la encarnación de la militancia ejemplar, de la mujer mirista. *No se le conocía debilidad femenina alguna*...Luisa, la imagen de la mujer segura de sí misma, consagrada por completo al combate político, jamás una grieta, siempre sin rodeos, nunca una excusa. Luisa, que no flaquea ante nada ni nadie”<sup>60</sup>.

De este modo vemos que la identidad política que se va forjando en el MIR al calor de las luchas sociales cada vez se va acercando más hacia el hombre

nuevo del Che Guevara. Así, en la práctica mirista se ensalzaba la imagen del icono revolucionario cuando los líderes del partido perdían la vida. En efecto, el fallecimiento de Luciano Cruz, histórico líder del MIR, va a darnos cuenta de cómo la muerte va erigiendo mártires que sirven para sostener un imaginario revolucionario en las conciencias de los militantes. Siguiendo a Vezzetti, sólo la muerte garantiza la pureza y la integridad del compromiso revolucionario, sólo los héroes y los mártires ofrecen a la militancia un ejemplo sin tacha. Así, los revolucionarios caídos se constituyen como leyendas, que miden las prácticas y las conductas a la luz de cualidades del sujeto<sup>61</sup>. De este modo, las palabras de Bautista Van Schouwen en el primer aniversario de la muerte de Cruz irán definiendo las características que debía tener todo mirista: “Ha muerto un gran revolucionario, el pueblo ha perdido un líder...Llamamos a los obreros, campesinos, pobladores y estudiantes, a...seguir el ejemplo por él señalado...”<sup>62</sup>. Es decir, la imagen de Luciano se configura como un catalizador de condiciones que se ocuparan a modo de ejemplo para sembrar un ideario de militancia revolucionaria. En este sentido, el discurso aprovecha de definir los matices que esa militancia debía poseer. De este modo, argüía Van Schouwen, las relaciones sociales dentro del partido revolucionario tomaban sentidos éticos-revolucionarios. Así, la relación de “compañeros” era la “expresión superior de la relación hu-

60 Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago* (Santiago: LOM, 1999), 43-44. Las cursivas son nuestras.

61 Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (Buenos Aires: Edit. Siglo XXI, 2009), 139

62 Bautista Van Schouwen, “Discurso en el primer aniversario de la muerte de Luciano Cruz”. En: Martín Hernández, *El pensamiento revolucionario de Bautista Van Schouwen 1943-1973* (Concepción: Ed. Escaparate, 2004), 165-166.

mana...que se crea y se recrea al valor de las tareas prácticas de la revolución...”<sup>63</sup>.

En este sentido, era sólo la vida revolucionaria la que permitiría el nacimiento de nuevas relaciones sociales. Sólo el compromiso revolucionario enmarcado en una *militancia revolucionaria* sería capaz de superar los valores *negativos* que se oponían a los que impulsaba el *mirismo*. En ese contexto, Van Schouwen considera que sólo al calor de las luchas sociales y en las relaciones entre militantes se podían superar “las condiciones que hacen nacer el egoísmo...una relación que se construye para subvertir este mundo y para liberar a una humanidad humillada, pisoteada, a una sociedad marchita...”<sup>64</sup>. Van Schouwen afirmaba que la relación entre compañeros era la proyección política del MIR. Así, asume que la ética revolucionaria sería tan política como un programa de la revolución, ya que ésta sería fiel reflejo de la sociedad a la que aspiraban los militantes revolucionarios. Una lectura que hundía sus raíces, sin duda, en el Che: “Estamos hablando de un compañero; no estamos hablando de cualquier relación humana. Estamos hablando de una relación revolucionaria que recoge la realidad, que recoge la práctica concreta, la plasma en idea, la plasma en actividad revolucionaria y la proyecta en programa, en líneas políticas, en objetivos de lucha, en organización, en método de combate”<sup>65</sup>.

#### IV. PALABRAS FINALES

A partir de lo anteriormente expuesto es posible establecer algunos ejes que nos ayudan a comprender de mejor forma la conformación de la militancia y de la identidad política en el MIR. De esa manera, es posible afirmar que la identidad política mirista se comienza a crear con el agrupamiento de diversas fuerzas y generaciones políticas. De hecho, será la Declaración de Principios, creada en 1965 y elaborada fundamentalmente a partir de la experiencia histórica de la vieja generación, la que trascienda epocalmente convirtiéndose en parte del “ser mirista”, tanto en la militancia de 1965 a 1969, como hoy, explicando la existencia de un “MIR histórico”, nutrido de ese andamiaje teórico.

Sin embargo, y es lo que intentamos rescatar en este trabajo, la identidad y la militancia política también se fundió con la incorporación de la juventud a los puestos del “buró político”, incorporándose nuevos elementos al acervo mirista ya existente, los que se pliegan a un proyecto orgánico-histórico. En ese sentido, afirmamos que parte importante de la edificación del “*ethos* mirista”, viene acompañado de la generación joven que llega a tutelar el MIR en el Tercer Congreso de 1967, potenciándose en la pugna de 1969.

En efecto, 1967 y 1968 serán años en donde lo que denominamos como la

---

63 *Ibid.*, 169-170

64 *Idem.*

65 *Idem.*

“voluntad de actuar” comenzó a tomar mayor fuerza, se materializó en la profundización del trabajo en los frentes intermedios y en la activación de acciones armadas lográndose percibir una “puesta en escena” de lo construido teóricamente desde la fundación, alejándose de lo meramente “propagandístico”. Así, el conflicto desarrollado en 1969 terminará por reducir a la organización considerablemente, pero la ayudó a homogeneizarse. De ahí que la convulsión sostenida traerá consigo la re-estructuración de la organización y, lo que resulta profundamente significativo, la profesionalización de la militancia y su re-codificación ético-política. De ese modo, la “entrega sacrificial” o la construcción y representación de los valores del “Hombre Nuevo” serán constantes en la militancia y su discurso en los años posteriores al quiebre orgánico. Sin embargo, pese al cambio acaecido, lo anterior no explica quiebres ni rupturas intensas, pues, como se vio, el proyecto político-teórico sobrevivió a las pugnas. La diferencia sustancial es que fue releído bajo nuevos códigos actitudinales de la mano de una nueva cepa generacional, mostrando, así, continuidades políticas y recodificaciones militantes.

Por ello se hace necesario afirmar que la identidad política (al igual que todas las identidades) y la militancia política mirista, no pudo ser un bloque a-histórico, homogéneo y pétreo, más bien

respondió a los distintos momentos que vivió el MIR, explicando la existencia de su mutabilidad identitaria producto de una permanente re-significación ideológica-práctica, enmarcada en la construcción de un proyecto político histórico. Mutabilidad que, pese a ejercer cambios en la identidad, es fruto del diálogo y no del quiebre. Un diálogo sostenido entre dos generaciones políticas que pese a los desacuerdos, ceden y comparten elementos que se pliegan al ser *mirista*, permitiéndonos afirmar que la identidad en el MIR fundacional, más que presentar quiebres absolutos, es parte de una historia de diálogo y complementariedad. Es decir, en la construcción de la identidad política y militancia, coexisten a los menos dos factores: la creación de un andamiaje teórico-político histórico y la edificación de una militancia enmarcada en valores de sacrificio y voluntad revolucionaria. Elementos que se funden en un mosaico y delimitan el “ser mirista” entre 1965 y 1970. Sin duda un elemento que debe ser contrastado con la siguiente época vivida por el MIR, que se abre en 1970 y se cierra a sangre y fuego con la implantación de la Dictadura cívico-militar, periodo en el cual, creemos, gira la militancia, pero siempre anclada en la re-fundación de una tradición revolucionaria.